

## COMENTARIOS CRITICOS

José Montesino

LA LOGIQUE OU L'ART DE PENSER par Antoine Arnauld et Pierre Nicole; édition critique présentée par Pierre Clair et Francois Girbal. Paris. Press Universitaires de France. 1965.

MAS CONOCIDA con el nombre de *Lógica de Port Royal*, esta obra, anónimamente aparecida en 1662, podría representar el barroco en la historia de esta disciplina. Hija de una apuesta, se gestó en la tranquila casa de estudio vecina al convento jansenista de Port Royal; hecho significativo, pues sus autores, los amigos Arnauld y Nicole, de acentuada formación cartesiana, compartieron los ideales de esta suerte de pregón de la cordura religiosa que fue Cornelio Jansen. Curioso ensamble. Ser jansenista significó oponer, a la intelectualización teológica en boga, un casiirracionalismo; abandonar toda preocupación por los problemas naturales y buscar en la clave segura de la fe la propia salvación, única meta; alejarse del encanto superfluo de probar las verdades religiosas usando la razón. Ser cartesiano, a doce años de la muerte del filósofo, importaba emplear precisamente la razón en un campo bien ajeno a los misterios religiosos: la realidad natural. No obstante, el equilibrio existe. Reconozcamos, entonces, ya en estos pensadores modernos, el asomo emancipador en la filosofía, hasta bien poco sierva de preocupaciones ajenas.

Esta obra, afortunadamente para los autores escrita en francés, sin ser el primer manual de lógica en esa lengua, tuvo más suerte que otras más meritorias, de tiempo próximo. Careciendo de aportes realmente significativos al desenvolvimiento de la formalización lógica, como la *Lógica hamburgensis* de Joachim Jungius, solitariamente aplaudida por Leibniz, contribuyó fuertemente a la divulgación del cartesianismo, siendo éste su mérito principal. La actual concepción de la lógica y sus exigencias como sistema formalizado pueden mirar *L'Art de penser* como pieza de anticuariado. En verdad, en ella ni siquiera encontramos rastros de los significativos pasos del estoicismo, ni de Occam, Scoto o P. Ispáno, en el medioevo; el mérito de señalar el derrotero seguro le corresponderá a Leibniz. Pero referido a la tradición escolástica precedente, este trabajo al teñir de cartesianismo la terminología usual amplía, consecuentemente, el campo hasta entonces reconocido como dominio de la lógica. Veamos cuáles son las novedades que introduce.

El manual tiene cuatro partes, siguiendo el plan señalado por Petrus Ramus un siglo antes, que corresponderían a las cuatro operaciones del espíritu: concebir, juzgar, razonar y ordenar.

Si observamos el título del libro, *Art de penser* y no "ciencia del discurso correcto", nos explicaremos el hecho que junto a los tópicos corrientes, aparezcan disquisiciones en torno a materias que ordinariamente desbordan el campo lógico. Descartes, convencido de que sus sanos consejos del *Discurso del Método* eran suficientes para conducir a la razón, reprocha injustamente a la lógica (lo que Leibniz refutará más tarde en su carta a G. Wagner) el suministrar deducciones pedantescas de verdades añejas; creía que una buena lógica debería proveer sólo reglas para encontrar verdades nuevas. No era amigo de la lógica. Pero nuestros jansenistas, a propósito de la primera acción

del espíritu, el concebir, introducen para el concepto, su teoría de la idea. Es más, polemizan, como los sucesivos injertos en las nuevas ediciones lo prueban, con los sensualistas. Concibiendo la lógica como la ciencia del pensar correcto antes que ciencia del razonamiento, necesitaban probar, fundamentalmente, la claridad y distinción en las ideas; enfatizar que muchas de ellas no provienen de los sentidos, lo que se lograría en la medida de alcanzar una aproximación a lo intelectual en oposición a lo sensorial. De aquí, el paciente número de párrafos dedicados en la primera parte a la génesis y naturaleza de las ideas; a sus especies; a la abstracción, etc. Digna de notar es la inclusión, siguiendo a Descartes, por vez primera, de las antítesis claridad-oscuridad, distinción-confusión; aun cuando su uso aparezca poco preciso y aquellas no estén bien introducidas. (Claro está que ni el propio Descartes puntualizó adecuadamente su aporte. El mérito le corresponderá al autor de la *Monadología* y, a través de éste hasta la actualidad, se abrirá un nuevo horizonte a la semántica lógica). El propósito es obvio: demostrar que las ideas claras y distintas corresponden más a las ideas intelectuales que a las ideas adventicias, supuesto fundamental para la teoría de la evidencia cartesiana y que, a partir de ese momento, se aplicará siempre en las aserciones o axiomas fundantes. La primera parte termina con un acucioso desarrollo en torno a las definiciones, entendidas al modo escolástico-aristotélico y la necesidad y utilidad de definir los nombres de los cuales nos servimos; con la diferencia entre la "definition des choses" (definición real) y la "definition des noms" (definición nominal), precisando su sentido y demarcando la correcta aplicación de cada una. El tema de la definición reaparece, además, en la sección siguiente.

La segunda parte se refiere a la teoría del juicio. En el capítulo 2 (págs. 108-113), a propósito de la definición de juicio, o mejor, de la cópula: "un mot dont le principal usage est significatif l'affirmation", aun en las proposiciones negativas, se plantea una doctrina que siglos más tarde asomará en lógica, entre otros, en Brentano. Destaquemos también en esta sección la novedosa indicación de la posibilidad formal de asimilar las proposiciones singulares a las universales; idea implícita en el aristotelismo y ya patrocinada por Ramus y el inglés John Wallis, treinta años antes.

La tercera parte trata el razonamiento a la manera tradicional; sus especies y los pseudorrazonamientos o sofismas.

La cuarta y última parte incorpora la metodología. Desde entonces será corriente que se la considere en los manuales de lógica. Los autores fundan las reglas expuestas principalmente en las ideas de Pascal (*De l'esprit géométrique*) y Descartes (*Regulae ad Directionem ingenii*). En la actualidad, pensando la ciencia como un sistema hipotético deductivo formalizado, un sistema de expresiones bien formadas, nos choca el enfoque científico de Arnauld y Nicole, concebido como un sistema de pensamientos, al estilo cartesiano. De aquí, entonces, su interés por atender a la evidencia de las proposiciones fundantes (capítulos 6, 7); el empleo y defensa del método analítico frente al sintético (capítulo 2) y la crítica a la preocupación de los geómetras para mostrar la coherencia entre los axiomas y teoremas del sistema (capítulo 9). Grave descuido y desinterés por cuestiones hoy consideradas básicas, en un sistema formalizado.

El presente texto reproduce la 5ª edición (1863) de G. Depez. Paris. Edición que podemos considerar definitiva, pues no siguiendo la suerte de las anteriores, no sufrió ulteriores modificaciones o agregados. Es ésta la primera edición crítica de la obra y, junto con la identificación de las citas, más de cuatrocientas notas o comentarios testimonian la acuciosidad analítica de los actuales editores. El lector no encontrará opiniones personales en torno a cuestiones polémicas; tampoco se requieren. Verá, en cambio, facilitada su lectura gracias a la actualización del vetusto francés del seiscientos y la rápida confrontación, en el índice y en la tabla de materias y personas.